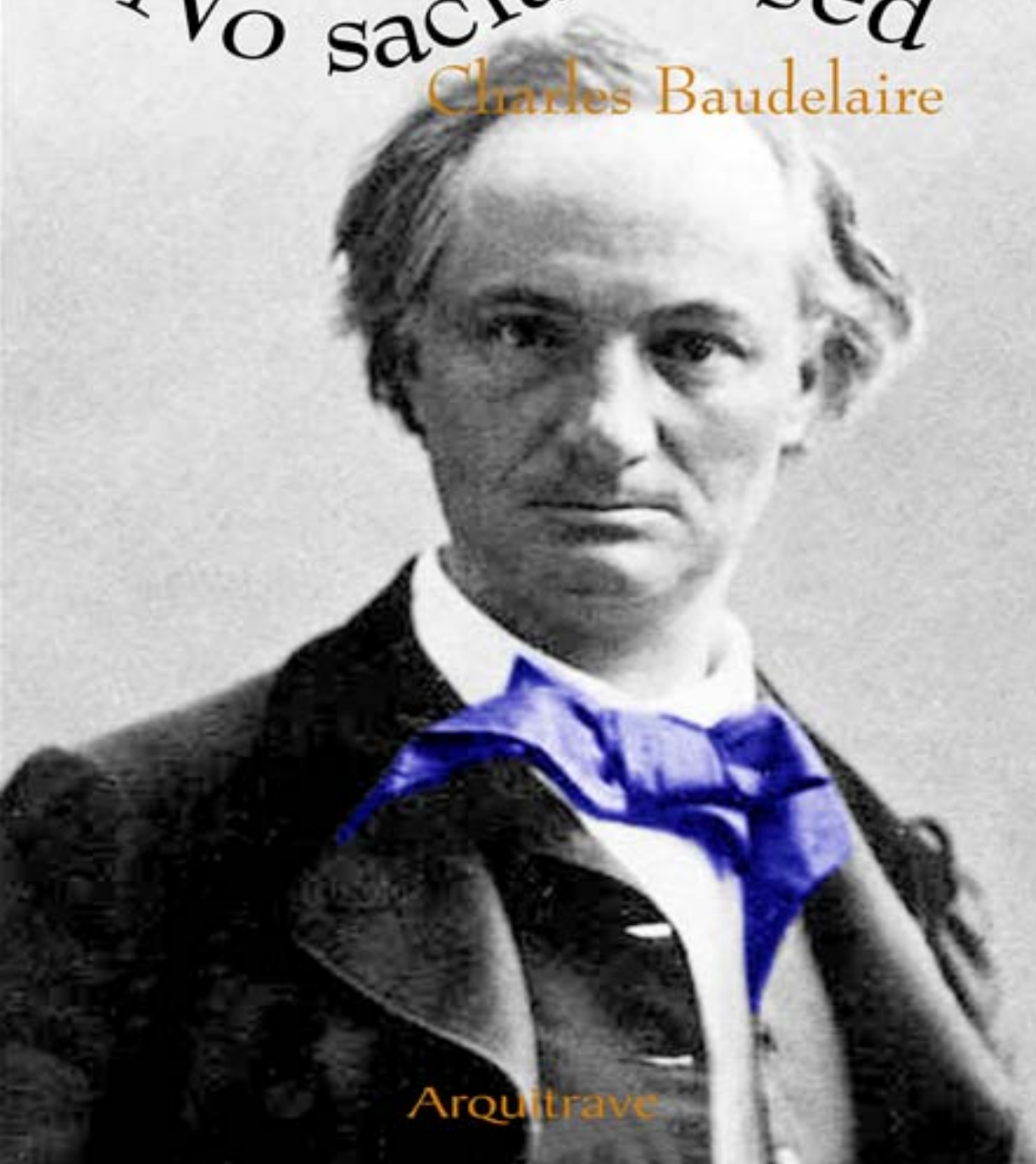


No saciada sed

Charles Baudelaire



Arquitrave

No saciada sed
Charles Baudelaire

No saciada sed
Charles Baudelaire

Selección, traducción y notas
de Rodolfo Alonso

Arquitrave

© Charles Baudelaire

© Arquitrave Editores

www.arquitrave.com/suscriptores@arquitrave.com

Edición y diseño Harold Alvarado Tenorio y Héctor Gómez Guerrero.

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

La tumba de Charles Baudelaire

El templo sepultado divulga por la boca
Sepulcral de cloaca babeando rubí y barro
Abominablemente algún ídolo Anubis
Todo el hocico en llamas como un feroz ladrido.

O bien que el gas reciente tuerza la mecha bizca
Lo que enjuga sabemos los oprobios sufridos
Iluminando huraño un pubis inmortal
Cuyo vuelo según reverbera pernocta.

Qué follaje secado en ciudades sin noche
Bendecirá votivo como ella al sentarse
Vanamente en el mármol de Baudelaire.

Al velo que la ciñe ausente escalofríos
Esa su Sombra aún un tutelar veneno
A respirarlo siempre aunque de ellos muramos.

Stéphane Mallarmé

Las flores del mal

El 25 de junio de 1857, en una tirada de mil trescientos ejemplares y al precio de tres francos, se lanza la primera edición de *Les fleurs du mal*. Con tal motivo, y apenas dos días después, el diario *Le Figaro* reanuda sus acerbos ataques contra el poeta y su obra, que ya había iniciado dos años antes en base a meros anticipos publicados en revistas. La justicia ordena el secuestro de la edición, así como el procesamiento del autor y de sus editores, Poulet-Malassis y de Broise. Baudelaire es condenado a pagar una multa de trescientos francos, y sus editores una de cien francos por cabeza, ordenándose además la supresión de seis poemas. A comienzos de febrero de 1861, en una tirada de mil quinientos ejemplares y con el mismo precio, se publica una segunda edición que, si bien excluye los seis textos cuestionados, agrega en cambio otros treinta y cinco nuevos, distribuyendo en forma distinta el material. En 1868, un año después de la muerte del poeta, se lanza la tercera edición de *Les fleurs du mal*, con un elogioso prólogo de Théophile Gautier, a quien la obra había sido originalmente dedicada. En su sesión del 31 de mayo de 1949, casi cien años después, la Sala Criminal del Tribunal de Casación de París, a raíz de una propuesta aceptada por la Asamblea Nacional el 12 de septiembre de 1946, pronuncia solemnemente un veredicto de rehabilitación retrospectiva de Baudelaire y de sus editores.

Correspondencias

Naturaleza es templo donde vivos pilares
dejan salir a veces palabras confundidas;
el hombre allí atraviesa entre selvas de símbolos
que lo observan con sus miradas familiares.

Como esos largos ecos que de lejos se mezclan
en una tenebrosa y profunda unidad,
vasta como la noche y como la claridad,
los perfumes, colores y sonos se responden.

Es que hay perfumes frescos como carnes de niños,
dulces como el oboe, verdes como praderas
— y otros, corrompidos, ricos y triunfadores.

Teniendo la expansión de cosas infinitas,
como el almizcle, el ámbar, el benjuí y el incienso,
que cantan los transportes de espíritu y sentidos.

Los faros

Rubens, río de olvido, jardín de la pereza,
almohada de frescura donde amar no se puede,
pero fluye la vida y sin cesar se agita,
como el aire en el cielo y el mar dentro del mar.

Leonardo da Vinci, profundo, sombrío espejo,
donde ángeles seducen, con su dulce sonrisa
cargada de misterio, apareciendo al pie
de glaciares y pinos que encierran su país;

Rembrandt, hospital triste repleto de murmullos,
y con gran crucifijo apenas decorado,
donde plegaria en llantos se alza de las basuras,
y de una luz de invierno bruscamente cruzada;

Miguel Ángel, desierto donde se ven los Hércules
mezclarse con los Cristos, y alzarse muy erguidos
poderosos fantasmas que en aquellos crepúsculos
desgarran su sudario estirando sus dedos;

furias de boxeador, impudicias de fauno,
tú que no despreciaste la belleza en los pícaros,
gran corazón soberbio, hombre amarillo y débil,
Puget, de los forzados melancólico rey;

Watteau, ese carnaval donde tanta alma ilustre,
como las mariposas, vaga resplandeciendo,
fresca y ligera escena que alumbran las arañas
arrojando locura a ese baile que gira;

Goya, una pesadilla llena de incertidumbres,
de fetos que se cuecen en medio de aquelarres,
de viejas al espejo y muchachas desnudas,
tentando a los demonios al ajustar sus medias;

Delacroix, lago en sangre donde van malos ángeles,
sombreado por un bosque de abetos siempre verde,
donde extrañas charangas, bajo un cielo muy triste,
pasan, como un suspiro ahogado de Weber;

esas blasfemias, esas maldiciones y quejas,
esos éxtasis, gritos, llantos, esos *Te Deum*,
son un eco que copian miles de laberintos;
¡Al corazón mortal opio más que divino!

Un grito es que repiten miles de centinelas,
una orden transmitida en portavoces mil,
es un faro que alumbra sobre mil ciudadelas,
¡Voces de cazadores perdidos en los bosques!

Porque es, Señor, realmente, el mejor testimonio
que pudiéramos darte de nuestra dignidad
¡este ardiente sollozo que va de siglo en siglo
y a morir viene al borde de vuestra eternidad!

Bohemios en viaje

La profética tribu de pupilas ardientes
ayer se puso en marcha, llevando sus pequeños
a la espalda, o librando a su gran apetito
el lujo siempre listo de las tetas colgantes.

Los hombres van de a pie bajo armas relucientes
a la par de los carros donde otros se acurrucan,
paseando por el cielo ojos entorpecidos
por la triste añoranza de quimeras ausentes.

El grillo, desde el fondo de su cueva de arena,
mirándolos pasar, redobla su canción;
Cibeles, que los ama, aumenta sus verdores,

hace manar la roca, florecer al desierto
frente a tales viajeros, para quienes se abre
el familiar imperio de futuras tinieblas.

La belleza

Yo soy bella, ¡oh mortales!
Como un sueño de piedra, y mi seno,
en quien todos de a uno se nutrieron,
para inspirar fue hecho al poeta un amor
tan eterno y tan mudo como lo es la materia.

Yo trueno en el azur, esfinge incomprendida;
un corazón de nieve yo uno al blanco del cisne;
yo odio el movimiento que trastrueca las líneas,
y yo no lloro nunca y yo nunca me río.

Y los poetas, ante mis grandes actitudes,
que parezco deber a magnos monumentos,
consumirán sus días en austeros estudios;

pues para fascinar, tengo, a esos amantes dóciles,
puros espejos que hacen cada cosa más bella:
¡Mis ojos, grandes ojos de eternas claridades!

Las joyas

La que yo amo, desnuda, y conociendo mi alma,
sólo se había dejado sus joyas más sonoras,
cuyo rico boato le daba aire de triunfo
como sus días felices a las siervas de moros.

Cuando bailando arroja un son vivo y burlón,
ese mundo radiante de metal y de piedra
en éxtasis me encanta, y yo amo con furor
las cosas cuyo ruido se mezcla con la luz.

Estaba pues tendida y se dejaba amar,
y del diván en lo alto sonreía con gusto
a mi profundo amor, tan dulce como el mar,
que hacia ella subía como a su acantilado.

Fijos en mí sus ojos, como un tigre domado,
con soñador y vago aire ensayaba poses,
y el candor unido a la lubricidad
daba un encanto nuevo a sus metamorfosis.

Y su brazo y su pierna, su muslo y sus riñones,
pulidos como aceite, como un cisne ondulantes,
enfrentaban mis ojos videntes y serenos;
y su vientre y sus senos, racimos de mi viña,

mimosos, avanzaban, más que ángeles del mal,
a turbar la quietud donde yacía mi alma,
y para de su roca de cristal derribarla
donde, tranquila y calma, se había aposentado.

Yo creía ver unidos por un nuevo dibujo
las caderas de Antíope al busto de un imberbe,
tanto su talle hacía sobresalir su pelvis.
¡Su tez roja y oscura era un soberbio afeitte!

— Y la lámpara habiéndose resignado a morir,
ya que sólo el hogar iluminaba el cuarto,
cada vez que exhalaba un llameante suspiro,
inundaba de sangre esa piel color de ámbar!

Yo te adoro al igual que a la nocturna bóveda...

Yo te adoro al igual que a la nocturna bóveda,
oh vaso de tristeza, oh enorme taciturna,
y tanto más te amo, bella, porque me huyes,
y porque me pareces, adorno de mis noches,
más irónicamente acumular las leguas
que a mis brazos separan de azules infinitos.

Yo me lanzo al ataque, y yo trepo al asalto,
como tras un cadáver un coro de gusanos,
iy hasta quiero, oh bestia implacable y cruel,
esa frialdad que te hace para mí aún más bella!

Sed non satiata

Deidad extraña, oscura como lo son tus noches,
de perfume que junta almizcle con habano,
obra de algún obi, Fausto de la sabana.
Bruja con flancos de ébano, hija de medianoche.

Yo prefiero al constancio, al opio, a las noches
el néctar de tu boca donde el amor se luce;
cuando a ti mis deseos parten en caravana
tus ojos son la fuente donde beben mis quejas.

Por tan negros ojazos, ventanales de tu alma,
¡oh demonio inflexible! échame menos llama;
sin ser Estigio, cómo poseerte nueve veces,

¡ay! y tampoco puedo, megera libertina,
por quebrar tu coraje y lograr acosarte,
¡en tu lecho infernal volverme Proserpina!

Profundis clamavi

Yo imploro tu piedad, Tú, la única que amo,
desde el oscuro abismo que hundió a mi corazón.
Es un triste universo de horizonte plumizo
donde en la noche nadan blasfemia y horror;

un sol frío se cierne allí encima seis meses,
y los otros seis meses noche cubre la tierra;
es país más desnudo que la tierra polar;
— ¡ni animales, ni arroyos, ni verdes, ni bosques!

Pues no hay en este mundo horror que sobrepase
a la fría crueldad de ese astro de hielo
y a esa noche inmensa semejante al Caos viejo;

celos me da la suerte del más vil animal
que puede sumergirse en un dormir estúpido,
¡mientras, lenta madeja, el tiempo se devana!

Remordimiento póstumo

Cuando te halles durmiendo, mi bella tenebrosa,
dentro de un monumento hecho de mármol negro,
y cuando sólo tengas por alcoba y palacio
una cueva lluviosa y una fosa profunda;

Y la piedra, oprimiendo tu pecho temeroso
y tus flancos que pule seductor abandono,
no deje a tu corazón latir ni desear,
ni correr a tus pies detrás de la aventura.

La tumba, confidente de mi ensueño infinito
(porque la tumba siempre comprenderá al poeta),
en esas largas noches de donde el sueña ha huido,
dirá: —¿De qué te sirve, cortesana imperfecta,
no haber sabido nunca lo que lloran los muertos?—
Y tu piel roerá el verme como un remordimiento.

Cielo nublado

Diríase tu mirada por un vapor cubierta;
tu ojo misterioso (¿es azul, gris o verde?)
alternativamente tierno, cruel, soñador,
refleja la indolencia y palidez del cielo.

Recuerdas esos días blancos, tibios, velados,
que hacen romper en llanto flechados corazones,
en que por un ignoto mal que oprime agitados,
los bien despiertos nervios burlan sueño al espíritu.

A veces te asemejas a bellos horizontes
que iluminan los soles de estaciones brumosas...
¡Y cómo resplandeces, paisaje mojado
inflamado por luces desde un cielo nublado!

¡Oh mujer peligrosa, oh seductores climas!
¿adoraré también tu nieve y tus escarchas,
y sabré yo extraer del implacable invierno
placeres más agudos que el hielo y el hierro?

La música

¡La música a menudo me agarra como el mar!

Hacia mi estrella pálida,
bajo un techo de bruma
o en un éter más vasto,
yo levanto la vela;

el pecho adelantado y los pulmones plenos
como la misma tela,
escalo de tanta ola amontonada el lomo
que la noche me vela;

siento vibrar en mí las completas pasiones
de un navío que sufre;
la tormenta, el buen viento y sus convulsiones
sobre el abismo inmenso me acunan.

¡Otras veces, la calma,
gran espejo de mi desesperar!

La destrucción

Sin cesar a mi lado el Demonio se agita;
nada a mi alrededor como un aire impalpable;
yo lo trago y lo siento que abrasa mi pulmón
y de un deseo lo colma eterno y culpable.

Toma a veces, sabiendo mi gran amor del Arte,
la forma de la más seductora mujer,
y bajo especiosos pretextos de soplón,
acostumbra mi labio a los filtros infames.

¡Él me conduce así, lejos de Dios que mira,
jadeante y roto de cansancio, al centro
de los llanos del Tedio, profundos y desiertos,

y en mis ojos arroja, plenos de confusión,
vestimentas manchadas, heridas entreabiertas,
y el sangrante aparejo de la Destrucción!

La negación de San Pedro

¿Qué hace Dios entonces de esa ola de anatemas
que sube cada día hacia sus Serafines?
Como un tirano ahíto de carnes y de vinos
lo acuna el dulce ruido de horrorosas blasfemias.

Los sollozos de mártires y los de ajusticiados
son una sinfonía sin duda embriagadora,
y a pesar de la sangre que voluptuosos cuestan,
¡los cielos no se encuentran todavía saciados!

— ¡No olvides, Jesús, al Huerto de los Olivos!
en tu simplicidad orabas de rodillas
a quien reía en su cielo del ruido de los clavos
que verdugos innobles plantaban en tus carnes,

cuando viste escupir en tu divinidad
la crápula del cuerpo de guardia y las cocinas,
y en tu cráneo sentiste hundirse las espinas,
allí donde vivía la inmensa Humanidad;

Cuando tu cuerpo roto con pesadez horrible
tus dos brazos tendidos alargaba, y tu sangre
y tu sudor corrían de tu pálida frente,
cuando ante todos fuiste posado como un blanco,

¿soñabas en los días tan brillantes y bellos
en que a colmar viniste tú la eterna promesa,
cuando a pisar llegaste, sobre un dulce borrico,
los caminos sembrados de flores y de ramos,

cuando, colmado el pecho de esperanza y valor,
azotabas los viles mercaderes con fuerza,
siendo maestro al fin? ¿No fue el remordimiento
el que entró a tu costado mucho antes que la lanza?
— Por cierto, yo saldré, para mí, satisfecho
de un mundo en que la acción no es la hermana del sueño;
¡poder usar la espada y morir por la espada!
San Pedro renegó de Jesús... ¡hizo bien!

El vino de los amantes

¡Hoy es espléndido el espacio!
¡sin freno, espuela o bridas,
partamos a caballo del vino
hacia un divino cielo mágico!

¡Como dos ángeles torturados
por un fuego implacable
en el cristal azul de la mañana
vayamos tras el espejismo!

¡Tiernamente mecidos por el ala
del torbellino inteligente,
en un delirio paralelo,

nadando, hermana, lado a lado,
huiremos sin treguas ni reposo
al paraíso de mis sueños!

La muerte de los pobres

La Muerte es quien consuela, ¡ay! y la que hace vivir;
es meta de la vida, y es la esperanza única
que, como un elixir, nos embriaga y nos alza,
y nos da resistencia para alcanzar la noche;

entre la tempestad, y la nieve, y la escarcha,
es claridad vibrante en nuestro horizonte negro;
es el famoso albergue que está inscrito en el libro,
donde comer podremos, descansar, y acostarnos;

es un Ángel que tiene en sus dedos magnéticos
el dormir y el poder de los sueños extáticos,
y que rehace el lecho de pobres y desnudos;

es gloria de los Dioses, es el granero místico,
es la bolsa del pobre y su patria antigua,

es el pórtico abierto a Cielos ignorados!

El fin de la jornada

Bajo una pálida luz corre,
baila y se tuerce sin razón
la Vida, impúdica y chillona.
Así, tan pronto al horizonte

La noche sube voluptuosa,
(todo aplacando, incluso el hambre,
todo borrando, aun la vergüenza,)
el poeta dice: «¡Al fin!

Como mis vértebras, mi espíritu
pide reposo ardientemente;
de sueños fúnebres colmado,

me tenderé sobre mi espalda,
me envolveré en vuestras cortinas,
¡oh refrescantes tinieblas!»

El gusto de la nada

¡Hosco espíritu, antaño amante de la lucha,
la Esperanza, que antes tu ardor espoleaba,
ya no quiere montarte! Tiéndete sin pudor,
viejo corcel de pie que choca a cada obstáculo.

Corazón mío, resígnate; duérmete como un bruto.

¡Vencido, hollado espíritu! Para ti, viejo pillo,
no tiene amor ya gusto, no más que la disputa;
¡cantos de cobre, adiós, ya, y suspiros de flauta!
¡placeres, no tentéis a un alma triste y mohina!

¡Primavera, adorable, ha perdido su aroma!

Y el Tiempo me devora minuto por minuto,
como la nieve inmensa al más rígido cuerpo;
desde lo alto contemplo a este redondo globo,
y ya no busco allí el calor de una choza.

Avalancha, ¿no quieres llevarme en tu caída?

Los ciegos

¡Míralos, alma mía; son realmente horrorosos!
parecen maniqués; vagamente ridículos;
terribles, singulares igual que los sonámbulos;
clavan quien sabe donde sus ojos tenebrosos.

Ojos de los que ha huido ya la chispa divina,
que, como si a lo lejos vieran, alzados siguen
al cielo; no los vemos hacia el piso jamás
bajar como soñando su cabeza abrumada.

Así atraviesan ellos el negro ilimitado,
hermano del silencio eterno. ¡Oh ciudad!
mientras que alrededor tú cantas, ríes y bramas,

amante del placer hasta la atrocidad,
¡mira! ¡también me arrastro! y, aun más bruto que ellos,
digo: ¿Allá en el cielo, qué buscan tantos ciegos?

Recogimiento

Sé cuerdo, oh Dolor mío, mantente más sereno.
Reclamabas la Noche, hela aquí, desciende:
una atmósfera oscura a la ciudad envuelve,
y a unos inquietudes, paz a otros va trayendo.

Mientras de los mortales la inicua muchedumbre,
del Placer, despiadado verdugo, bajo el látigo,
va en busca de pesares a despreciables fiestas,
dame la mano, vente por aquí, Dolor mío,
lejos de ellos. Los Años difuntos ve inclinarse,
en balcones del cielo, con trajes anticuados;
del fondo de las aguas sonriente Pena alzarse;

Al moribundo Sol dormirse bajo un arco,
y cual largo sudario que al Oriente se arrastra,
oye, mi amada, oye, la dulce Noche avanza.

Pequeños poemas en prosa

Conocidos también con el título de *Le spleen de Paris*, los *Petits poèmes en prose* que Baudelaire había ido publicando en revistas durante mucho tiempo, sólo aparecieron definitivamente bajo este último título al lanzarse en 1869 el tomo cuarto correspondiente a la edición póstuma de sus *Oeuvres complètes*, preparada por los albaceas que él mismo había destinado con ese fin, sus fieles amigos Charles Asselineau y Théodore de Banville. Aunque el proyecto de un libro dedicado totalmente a la poesía en prosa no aparece explícitamente sino en 1857, en una carta a su editor Poulet-Malassis fechada el 25 de abril, también es verdad que —para Baudelaire— la idea y la práctica del poema en prosa se remontan a mucho más lejos. Ya hay una clara referencia a ambas en su novela *La Fanfarlo*, publicada en 1847 pero comenzada a escribir por lo menos hacia 1843 o 1844. En el espíritu de *Gaspard de la Nuit* (1842), de Aloysius Bertrand, que reconoce abiertamente, Baudelaire, quien ya había inaugurado una nueva sensibilidad poética con *Les fleurs du mal*, abre también con sus *Petits poèmes en prose* una de las rutas más fecundas que había de transitar en el siglo veinte la poesía moderna. «¿Quién es aquel de nosotros que, en sus días de ambición, no ha soñado con el milagro de una prosa poética, musical, sin ritmo y sin rima, lo suficientemente flexible y lo suficientemente contrastada como para adaptarse a los movimientos líricos del alma, a las ondulaciones del ensueño, a los sobresaltos de la conciencia?», afirma Baudelaire en su introducción a esa obra. Y agrega: «Es sobre todo de la frecuentación de las ciudades enormes, es del crecimiento de sus innumerable relaciones que nace ese ideal obsesivo.»

El extranjero

- ¿A quién prefieres, tú, hombre enigmático, dime?
¿a tu padre, a tu madre, a tu hermana, a tu hermano?
- No tengo padre, ni madre, ni hermana, ni hermano.
- ¿A tus amigos?
- Usted está usando una palabra cuyo sentido aún me es desconocido.
- ¿A tu patria?
- Ignoro en qué latitud está situada.
- ¿A la belleza?
- Yo la amaría con ganas, diosa e inmortal.
- ¿Al oro?
- Lo odio tanto como odia usted a Dios.
- ¡Eh! ¿qué amas entonces, extraordinario extranjero?
- Amo las nubes... las nubes que pasan...
allá... ¡las maravillosas nubes!

Un bromista

Era la explosión del año nuevo: caos de barro y nieve, atravesado por mil carrozas, centelleante de juguetes y bombones, bullente de ansias y desesperaciones, delirio oficial de una gran ciudad hecho para turbar el cerebro del más reacio solitario.

En medio de tal barullo y alboroto, un asno trotaba vivamente, azuzado por un patán armado con un látigo.

Estaba el asno por dar vuelta en una esquina, cuando un apuesto señor, enguantado, charolado, cruelmente encorbatado y aprisionado en ropas nuevas, se inclinó ceremoniosamente ante el humilde animal, y le dijo, quitándose el sombrero: «¡Muchas felicidades!» volviéndose después hacia no sé qué amigos con un aire fatuo, como para rogarles añadir su aprobación a su alegría.

El asno no vio a ese apuesto bromista y continuó corriendo con celo hacia donde lo llamaba su deber.

En cuanto a mí, me acometió de pronto una inconmensurable rabia contra ese magnífico imbécil, que me pareció concentrar en sí todo el ingenio de Francia.

El perro y el frasco

« – Mi lindo perro, mi buen perro, mi querido perrito, acércate y ven a respirar un excelente perfume comprado en la mejor perfumería de la ciudad.»

Y el perro, agitando la cola, lo que es, creo, entre esos pobres seres, el signo correspondiente a la risa y la sonrisa, se aproxima y posa curiosamente su nariz húmeda sobre el frasco destapado; después, reculando de improviso con espanto, ladra contra mí a manera de reproche.

« — ¡Ah! miserable perro, si te hubiera ofrecido un paquete de excrementos, lo hubieras olfateado con delicia y quizás devorado. Así, tú mismo, compañero de mi triste vida, te pareces al público, a quien nunca hay que ofrecer delicados perfumes que lo exasperan, sino inmundicias cuidadosamente elegidas.»

¿Cuál es la verdadera?

Conocí a una cierta Benedicta, que colmaba la atmósfera de ideal, y cuyos ojos expandían el deseo de la grandeza, de la belleza, de la gloria y de todo lo que hace creer en la inmortalidad.

Pero esa muchacha milagrosa era demasiado bella para vivir mucho tiempo; así ella murió algunos días después que la hube conocido, y yo mismo la enterré, un día en que la primavera agitaba su incensario hasta en los cementerios. Fui yo quien la enterré, bien encerrada en un ataúd de una madera perfumada e incorruptible como los cofres de la India.

Y, como mis ojos seguían clavados en el lugar donde había sepultado a mi tesoro, de pronto vi a una personita que se parecía singularmente a la difunta, y que, pisoteando la tierra fresca con una violencia histérica y extraña, decía riendo a carcajadas: «¡Soy yo, la famosa Benedicta! ¡Soy yo, una famosa canalla! ¡Y para castigo de tu locura y de tu ceguera, me amarás tal como soy!»

Pero yo, furioso, respondí: «¡No! ¡no! ¡no!» Y para acentuar mejor mi rechazo, golpeé tan violentamente la tierra con el pie que mi pierna se hundió hasta la rodilla en la reciente sepultura, y que, como un lobo cogido en la trampa, quedé atrapado, para siempre quizá, en la fosa del Ideal.

El espejo

Un hombre horroroso entra y se mira en el espejo.

« — ¿Por qué se mira usted en el espejo, si no puede verse en él más que a disgusto? »

El hombre horroroso me responde: « — Señor, de acuerdo con los inmortales principios del 89, todos los hombres son iguales en derechos; por lo tanto tengo el derecho de mirarme; con placer o disgusto, es cosa que sólo atañe a mi conciencia. »

En nombre del buen sentido, sin duda tenía yo razón; pero, desde el punto de vista de la ley, él no estaba equivocado.

El puerto

Un puerto es una sede encantadora para un alma fatigada de las luchas por la vida. La amplitud del cielo, la arquitectura móvil de las nubes, las coloraciones cambiantes del mar, el centelleo de los faros, son un prisma maravillosamente apropiado para entretener los ojos sin cansarlos nunca. Las formas esbeltas de los navíos, de complicado aparejo, a los que la marejada imprime oscilaciones armoniosas, sirven para mantener en el alma el gusto por el ritmo y por la belleza. Además, sobre todo, hay una suerte de placer misterioso y aristocrático para quien ya no tiene ni curiosidad ni ambición, en contemplar, tendido en el mirador o acodado sobre el muelle, todos esos movimientos de los que parten y los que vuelven, de los que todavía tienen la fuerza de querer, el deseo de viajar o enriquecerse.

Historias extraordinarias

Este texto de Baudelaire, publicado originalmente en *La Revue de Paris* (donde lo introdujo Théophile Gautier) en 1852, constituye el primer estudio importante consagrado en Francia al gran escritor nortamericano, quien acababa de morir en 1849. Baudelaire venía traduciendo relatos de Poe desde el año anterior, publicados entre 1854 y 1855 en el diario *Le Pays* y reunidos luego, con este mismo texto como prólogo, en un volumen: *Histoires extraordinaires* (Michel Levy, París, 1856). Como se comprobará por su lectura, este texto va mucho más allá de la mera crítica literaria y, al mismo tiempo que testimonia fehacientemente el vivo influjo que la vida y la obra de Poe tuvieron sobre Baudelaire y, por su intermedio, sobre lo mejor de la cultura europea, nos plantea más de un inquieto interrogante sobre la muy honda identificación personal del autor de *Les fleurs du mal* con el gran virginiano, dos destinos igualmente gloriosos e igualmente desdichados, incomprendidos por su sociedad y por su época.

Vida y obras de Edgar Allan Poe

I

Hace poco tiempo, fue llevado a nuestros tribunales un desdichado, cuya frente estaba ilustrada con un raro y singular tatuaje: *¡Sin suerte!* Llevaba así encima de sus ojos la etiqueta de su vida, como un libro su título, y el interrogatorio demostró que ese extraño texto era cruelmente verdadero. Hay, en la historia literaria, destinos análogos, verdaderos condenados, hombres que llevan las palabras *mala suerte* escritas con misteriosos caracteres en los pliegues sinuosos de su frente. El Ángel ciego de la expiación se ha apoderado de ellos y los azota a todo brazo para edificación de los otros. En vano su vida muestra talentos, virtudes, gracia: la Sociedad tiene para ellos un anatema especial, y acusa en ellos las enfermedades que su persecución les ha traído. — ¿Qué no hizo Hoffmann para desarmar al destino, y qué no emprendió Balzac para conjurar a la fortuna? — ¿Existe pues una Providencia diabólica que prepara la desdicha desde la cuna, que arroja con *premeditación* naturalezas espirituales y angélicas en medios hostiles, como mártires en los circos? ¿Hay pues almas *sagradas*, dedicadas al altar, condenadas a marchar a la muerte y a la gloria a través de sus propias ruinas? ¿La pesadilla de las *Timieblas* asediará eternamente a esas almas elegidas? En vano se debaten, en vano se amoldan al mundo, a sus previsiones, a sus astucias; perfeccionarán la prudencia, tapanán todas las salidas, acolchonanán las ventanas contra los proyectiles del azar; pero el Diablo entrará por una cerradura; una perfección será el defecto de su coraza, y una cualidad superlativa el germen de su condenación.

*Para quebrarla, el águila, desde lo alto del cielo,
Sobre su frente libre soltará a la tortuga,
Porque ellas deben morir inevitablemente.*

Su destino está escrito en toda su constitución, brilla con un resplandor siniestro en sus miradas y en sus gestos, circula en sus arterias con cada uno de sus glóbulos sanguíneos.

Un célebre escritor de nuestro tiempo ha escrito un libro para demos-

trar que el poeta no puede encontrar un buen lugar ni en una sociedad democrática ni en una aristocrática, ni en una república ni en una monarquía absoluta o atemperada. ¿Quién ha sido capaz de responderle perentoriamente? Yo apporto hoy una nueva leyenda en apoyo de su tesis, agrego un nuevo santo al martirologio; voy a escribir la historia de uno de esos ilustres desdichados, demasiado rico de poesía y de pasión, que ha venido, después de tantos otros, a hacer en este bajo mundo el rudo aprendizaje del genio entre almas inferiores.

¡Lamentable tragedia, la vida de Edgar Poe! ¡Su muerte, horrible desenlace cuyo horror se acrecienta por la trivialidad! De todos los documentos que he leído resultó para mí la convicción de que los Estados Unidos no fueron para Poe más que una vasta prisión, que recorría con la afiebrada agitación de un ser hecho para respirar en un mundo más agradable, —que una enorme barbarie iluminada a gas— y que su vida interior, espiritual, de poeta o aún de borracho, no era más que un esfuerzo perpetuo para escapar a la influencia de esa atmósfera antipática. Despiadada dictadura la de la opinión en las sociedades democráticas; no imploren de ella ni caridad ni indulgencia, ni elasticidad alguna en la aplicación de sus leyes a los casos múltiples y complejos de la vida moral. Se diría que del amor impío de la libertad ha nacido una nueva tiranía, la tiranía de las bestias o zocracia, que por su insensibilidad feroz recuerda al ídolo de Jaggernaut. Un biógrafo nos dirá gravemente —está bien intencionado el hombre— que Poe, si hubiera querido regularizar su genio y aplicar sus facultades creadoras de una manera más apropiada al suelo norteamericano, hubiera podido volverse un autor con dinero, *a money making author*. Otro —un ingenuo cínico ése—, que por bello que fuera el genio de Poe, más le hubiera valido no tener más que talento, ya que el talento se descuenta siempre más fácilmente que el genio. Otro, que ha dirigido diarios y revistas, un amigo del poeta, confiesa que era difícil emplearlo, y que se veían obligados a pagarle menos que a otros, porque escribía en un estilo muy por encima de lo vulgar. *¡Qué olor a almacén!* Como decía Joseph de Maistre.

Algunos han osado mucho más, y, uniendo la ininteligencia más pesada de su genio a la ferocidad de la hipocresía burguesa, lo han insultado a gusto; y, después de su repentina desaparición, han morigerado rudamente a

ese cadáver, —particularmente el Sr. Rufus Griswold, quien, para recordar aquí la expresión vengadora del Sr. George Graham, ha cometido entonces una inmortal infamia. Poe, experimentando quizá el siniestro presentimiento de su fin súbito, había designado a los Sres. Griswold y Willis para poner sus obras en orden, escribir su vida y restaurar su memoria. Ese pedagogo-vampiro ha difamado largamente a su amigo en un enorme artículo, chato y odioso, justo al frente de la edición póstuma de sus obras. — ¿Es que no hay en Norteamérica ordenanza que prohíba a los perros entrar a los cementerios? — En cuanto al Sr. Willis, ha demostrado, por el contrario, que la benevolencia y la decencia marchan siempre con el auténtico espíritu, y que la caridad hacia nuestros cofrades, que es un deber moral, es también uno de los mandatos del gusto.

Hablen de Poe con un Norteamericano, confesará quizá su genio, quizá hasta se muestre orgulloso de él; pero, con un tono sardónico superior que huele a su hombre positivo, les hablará de la vida desarreglada del poeta, de su aliento alcoholizado que hubiera encendido la llama de una vela, de sus costumbres vagabundas; les dirá que era un ser errático y hereróclito, un planeta desorbitado, que rodaba sin cesar de Baltimore a Nueva York, de Nueva York a Filadelfia, de Filadelfia a Boston, de Boston a Baltimore, de Baltimore a Richmond. Y si, con el corazón emocionado por esos preludios de una afligente historia, dais a entender que el individuo no es quizá el único culpable, y que debe ser difícil pensar y escribir cómodamente en un país donde hay millones de soberanos, un país sin capital, para hablar justamente, y sin aristocracia, — entonces veréis sus ojos agrandarse y arrojar relámpagos, la baba del patriotismo sufriendo por subirle a los labios, y a Norteamérica, por su boca lanzar injurias a Europa, su vieja madre, y a la filosofía de los antiguos días.

Repito que yo estoy persuadido de que Edgar Poe y su patria no eran del mismo nivel. Los Estados Unidos son un país gigantesco e infantil, naturalmente celoso del viejo continente. Orgulloso de su desarrollo material, anormal y casi monstruoso, ese recién venido a la historia tiene una fe ingenua en la omnipotencia de la industria; está convencido, como algunos desgraciados entre nosotros, que ella terminará por comerse al Diablo. ¡El tiempo y el dinero tienen allá un valor tan grande! La actividad material,

exagerada hasta las proporciones de una manía nacional, deja en los espíritus bien poco lugar para las cosas que son de la tierra. Poe, que era de buena cepa, y que por otra parte profesaba que la gran desgracia de su país era no tener una aristocracia de raza, puesto que, decía, en un pueblo sin aristocracia el culto de lo Bello no puede sino corromperse, amenguarse y desaparecer —que acusaba en sus conciudadanos, hasta en su lujo enfático y costoso, todos los síntomas del mal gusto, característico de los advenedizos,— que consideraba al Progreso, la gran idea moderna, como un éxtasis de papamoscas, y que denominaba a los *perfeccionamientos* del habitáculo humano cicatrices y abominaciones rectangulares, — Poe era allí un cerebro singularmente solitario. Él no creía más que en lo inmutable, en lo eterno, en lo *self-same*, y gozaba — ¡cruel privilegio en una sociedad enamorada de sí misma! — de ese gran buen sentido a la Maquiavelo que marcha delante del sabio, como una columna luminosa, a través del desierto de la historia. ¿Qué hubiera pensado, qué hubiera escrito, el infortunado, si hubiera escuchado a la teóloga del sentimiento suprimir el infierno por amistad con el género humano, al filósofo de la cifra proponer un sistema de seguros, una suscripción a un centavo por cabeza para la supresión de la guerra, — ¡y la abolición de la pena de muerte y de la ortografía, esas dos figuras correlativas!— y a tantos otros enfermos que escriben, *la oreja inclinada al viento*, fantasías giratorias tan halagüeñas como el elemento que se las dicta? Si agegáis a esa visión impecable de lo real, verdadera enfermedad en ciertas circunstancias, una delicadeza exquisita de sentidos que una nota falsa torturaba, una fineza de gusto que todo, salvo la exacta proporción, rebelaba, un amor insaciable por lo Bello, que había alcanzado el poder de una pasión mórbida, no os asombraréis de que para un hombre semejante la vida se haya vuelto un infierno, y que haya terminado mal; os admiraréis de que haya podido *durar* tan largo tiempo.

II

La familia de Poe era una de las más respetables de Baltimore. Su abuelo materno había servido como *quarter-master-general* en la guerra de la independencia, y La Fayette lo tenía en alta estima y amistad. Éste, durante su último viaje a los Estados Unidos, quiso ver a la viuda del general y testimoniarle su gratitud por los servicios que le había prestado su marido. El bisabuelo había desposado a una hija del almirante inglés Mac Bride, que estaba relacionada con las más nobles casas de Inglaterra. David Poe, padre de Edgar e hijo del general, se prendó violentamente de una actriz inglesa, Elisabeth Arnold, célebre por su belleza; huyó con ella y la desposó. Para mezclar más íntimamente su destino con el suyo, se hizo comediante y apareció con su mujer en diferentes teatros, en las principales ciudades de la Unión. Los dos esposos murieron en Richmond, casi al mismo tiempo, dejando en el abandono y la miseria más completa a tres hijos de corta edad, entre los cuales Edgar.

Edgar Poe había nacido en Baltimore, en 1813. — Es por su propia voz que doy este dato, porque él reclamó contra la afirmación de Griswold, que fechaba su nacimiento en 1811. — Si nunca el espíritu novelesco, para servirme de una expresión de nuestro poeta, presidió un nacimiento, — ¡espíritu siniestro y tormentoso!— ciertamente presidió el suyo. Poe fue verdaderamente el hijo de la pasión y de la aventura. Un rico comerciante de la ciudad, el Sr. Allan, se prendó de ese lindo desdichado que la naturaleza había dotado de una manera encantadora, y, como no tenía hijos, lo adoptó. Éste se llamó desde entonces Edgar Allan Poe. Fue así educado en un bello desahogo y en la esperanza legítima de una de esas fortunas que dan al carácter una soberbia certidumbre. Sus padres adoptivos lo llevaron en un viaje que hicieron por Inglaterra, Escocia e Irlanda, y, antes de volver a su país, lo dejaron en lo del doctor Bransby, que tenía un importante establecimiento educativo en Stoke-Newington, cerca de Londres. — Poe mismo, en *William Wilson*, describe esa extraña casa, construída en el viejo estilo isabelino, y las impresiones de su vida de escolar.

Volvió a Richmond en 1822, y continuó sus estudios en Norteamérica,

bajo la dirección de los mejores maestros del lugar. En la universidad de Charlottesville, donde entró en 1825, se distinguió no solamente por una inteligencia casi milagrosa, sino también por una abundancia casi siniestra de pasiones, —una precocidad verdaderamente norteamericana,— que, finalmente, fue la causa de su expulsión. Es bueno anotar de paso que Poe ya había manifestado en Charlottesville, una aptitud de las más notables para las ciencias físicas y matemáticas. Más tarde hará de ellas un uso frecuente en sus extraños cuentos, y de ellas extraerá medios muy inesperados. Pero tengo razones para creer que no es a este género de composiciones a las que él otorgaba la mayor importancia, y que —quizá justamente a causa de esa precoz aptitud— no estaba lejos de considerarlas como *fáciles* malabarismos, comparadas con las obras de pura imaginación. Algunas desgraciadas deudas de juego trajeron una desavenencia momentánea entre él y su padre adoptivo, y Edgar —hecho de los más curiosos y que prueba, dígame lo que se diga, una dosis de caballerosidad muy fuerte en su impresionable cerebro— concibió el proyecto de mezclarse en la guerra de los Griegos y de ir a combatir a los Turcos. Partió pues hacia Grecia. — ¿Qué le ocurrió en Oriente? ¿qué hizo él allí? ¿estudió las orillas clásicas del Mediterráneo? — ¿por qué volvemos a encontrarlo en San Petersburgo, sin pasaporte, comprometido, y en qué clase de asunto, obligado a llamar al cónsul norteamericano, Henry Middleton, para escapar a la justicia rusa y volver a su casa?— lo ignoramos; hay allí una laguna que sólo él podría colmar. La vida de Edgar Poe, su juventud, sus aventuras en Rusia y su correspondencia han sido largamente anunciadas por los diarios norteamericanos y nunca han aparecido.

Vuelto a Norteamérica en 1829, manifestó el deseo de entrar a la escuela militar de West Point; fue admitido en efecto, y, allí como en todas partes, mostró los signos de una inteligencia admirablemente dotada, pero indisciplinable, y, al cabo de algunos meses, fue dado de baja. — Al mismo tiempo ocurría en su familia adoptiva un acontecimiento que debía tener las consecuencias más graves sobre toda su vida. La Sra. Allan, por la cual él parece haber sentido un afecto realmente filial, murió, y el Sr. Allan se casó con una mujer muy joven. Una querrela doméstica aparece aquí, — una historia extraña y tenebrosa que no puedo contar, porque no está claramente explicada por ningún biógrafo. No hay razón por lo tanto para asombrarse de

que se haya separado definitivamente del Sr. Allan, y de que éste, que tuvo hijos de su segundo matrimonio, lo haya frustrado completamente en su sucesión.

Poco tiempo después de haber dejado Richmond, Poe publicó un pequeño volumen de poemas; era en verdad una aurora brillante. Para quien sabe sentir la poesía inglesa, ya está allí el acento extraterrestre, la calma en la melancolía, la solemnidad deliciosa, la experiencia precoz, —iba, creo, a decir *experiencia innata*,— que caracterizan a los grandes poetas.

La miseria lo hizo algún tiempo soldado, y es presumible que se servía de los pesados ocios de la vida de cuartel para preparar los materiales de sus futuras composiciones, —composiciones extrañas, que parecen haber sido creadas para demostrar que la rareza es una de las partes integrantes de lo Bello. Vuelto a la vida literaria, el único elemento donde pueden respirar ciertos seres desclasados, Poe se moría en una miseria extrema, cuando un azar feliz lo levantó. El propietario de una revista acababa de fundar dos premios, uno para el mejor cuento, otro para el mejor poema. Una escritura singularmente bella atrajo los ojos del Sr. Kennedy, que presidía el jurado, y le dio ganas de examinar él mismo los manuscritos. Encontró que Poe había ganado los dos premios; pero uno solo le fue entregado. El presidente del jurado se sintió curioso de ver al desconocido. El editor del periódico le trajo un joven de una belleza sorprendente, en harapos, abotonado hasta el mentón, y que tenía el aire de un gentilhombre tan orgulloso como hambriento. Kennedy se portó bien. Hizo que Poe conociera a un Sr. Thomas White, que fundaba en Richmond el *Southern Literary Messenger*. El Sr. White era un hombre de audacia, pero sin ningún talento literario; le faltaba una ayuda. Poe se encontró pues, muy joven —a los veintidós años—, como director de una revista cuyo destino reposaba enteramente sobre él. Su prosperidad, él la creó. El *Southern Literary Messenger* ha reconocido desde entonces que era a ese excéntrico maldito, a ese borracho incorregible, que debía su clientela y su fructuosa notoriedad. Es en esa *tienda* que aparece por primera vez la *Aventura sin igual de un cierto Hans Pfaall*, y muchos otros cuentos que nuestros lectores verán desfilar ante sus ojos. Durante cerca de dos años, Edgar Poe, con un ardor maravilloso, asombró a su público con una serie de composiciones de un género nuevo y con artículos críticos cuya vivacidad,

nitidez, severidad razonadas estaban bien hechos para atraer los ojos. Esos artículos trataban sobre libros de todo género, y la fuerte educación que el joven se había hecho no lo sirvió mediocrementemente. Es bueno que se sepa que ese trabajo considerable se hacía por quinientos dólares, es decir dos mil setecientos francos por año. — *Inmediatamente*, — dice Griswold, lo que quiere decir: «*¡Se creyó pues muy rico, el imbécil!*» — se casó con una muchacha, bella, encantadora, de una naturaleza amable y heroica, pero que no poseía ni un centavo, — agrega el mismo Griswold con un matiz desdeñoso. Era una señorita Virginia Clemm, su prima.

A pesar de los servicios prestados a su periódico, el Sr. White se disgustó con Poe, al cabo de casi dos años. La razón de esa separación se encuentra evidentemente en los accesos de hipocondría y en las crisis de ebriedad del poeta — accidentes característicos que ensombrecen su cielo espiritual, como esas nubes lúgubres que dan repentinamente al más romántico paisaje un aire de melancolía en apariencia irremediable—. Desde entonces, veremos al infortunado desplazar su tienda, como un hombre del desierto, y transportar sus ligeros penates por las principales ciudades de la Unión. Adonde vaya, dirigirá revistas en las cuales colaborará de una manera sorprendente. Expandirá con una deslumbrante rapidez artículos críticos, filosóficos, y cuentos plenos de magia que aparecen reunidos bajo el título de *Tales of the Grotesque and the Arabesque*, — título notable e intencional, ya que los ornamentos grotescos y arabescos rechazan la figura humana, y se verá que en muchos aspectos la literatura de Poe es extra o sobrehumana. Sabremos por notas hirientes y escandalosas insertadas en los periódicos, que el Sr. Poe y su mujer se encuentran peligrosamente enfermos en Fordham y en una absoluta miseria. Poco tiempo después de la muerte de la Sra. Poe, el poeta sufre los primeros síntomas del *delirium tremens*. Una nota nueva aparece repentinamente en un diario, — ésa más que cruel, — que acusa a su desprecio y su disgusto del mundo, y le hace uno de esos juicios tendenciosos, verdaderas requisitorias de la opinión, contra los cuales tuvo siempre que defenderse, — una de las luchas más estérilmente agobiantes que yo conozca.

Sin duda ganaba dinero, y sus trabajos literarios podían casi hacerlo vivir. Pero tengo las pruebas de que tenía sin cesar asquerosas dificultades

que superar. Soñó, como tantos otros escritores, con una *Revista* suya, que-
ría estar en *su casa*, y el hecho es que había sufrido lo suficiente como para
desear ardientemente ese abrigo definitivo para su pensamiento. Para alcan-
zar ese resultado, para procurarse una suma de dinero suficiente, recurrió a
las *lecturas*. Se sabe lo que son esas lecturas, —una especie de especulación,
el Colegio de Francia puesto a disposición de todos los literatos, el autor no
publicando su *lectura* sino después que le ha extraído todas las recetas que
ella puede brindar. Poe ya había dado en Nueva York una lectura de *Eureka*,
su poema cosmogónico, que hasta había levantado gruesas discusiones. Se
le ocurrió esta vez dar *lecturas* en su tierra, en Virginia. Contaba, como le
escribió a Willis, con hacer una gira por el Oeste y el Sud, y esperaba la
colaboración de sus amigos literarios y de sus antiguos conocidos de colegio
y de West Point. Visitó pues las principales ciudades de Virginia; y Richmond
volvió a ver a aquel que había conocido tan joven, tan pobre, tan arruinado.
Todos los que no habían visto a Poe desde el día de su oscuridad corrieron en
multitud para contemplar a su ilustre compatriota. Apareció, bello, elegan-
te, correcto como el genio. Hasta creo que, desde hacía algún tiempo, había
impulsado la condescendencia hasta hacerse admitir en una sociedad de
temperancia. Eligió un tema tan amplio como elevado: *el Fundamento de la*
Poesía, y lo desarrolló con esa lucidez que es uno de sus privilegios. Creía,
como verdadero poeta que era, que la finalidad de la poesía es de igual natu-
raleza que su fundamento, y que ella no debe tener en vista otra cosa aparte
de sí misma.

La buena acogida que se le hizo inundó su pobre corazón de orgullo y
de alegría; se mostraba tan encantado, que hablaba de establecerse definiti-
vamente en Richmond y de terminar su vida en los lugares que su infancia
le había hecho caros. Sin embargo, tenía asuntos que atender en Nueva
York, y partió el 4 de octubre, quejándose de escalofríos y de debilidades.
Sintiéndose siempre bastante mal llegó a Baltimore, el 6, de noche, hizo
llevar sus valijas al embarcadero desde donde debía dirigirse a Filadelfia, y
entró en una taberna para tomar un excitante cualquiera. Allí, desdichada-
mente, encontró a viejos conocidos y se retrasó. Al día siguiente por la ma-
ñana, en las pálidas tinieblas del amanecer, un cadáver fue encontrado en el
camino, —¿es así como hay que decirlo?— no, un cuerpo vivo todavía, pero

que la Muerte ya había marcado con su sello real. Sobre ese cuerpo, del que se ignoraba el nombre, no se hallaron ni papeles ni dinero, y se lo trasladó a un hospital. Es allí donde Poe murió, la noche misma del domingo 7 de octubre de 1849, a la edad de treinta y siete años, vencido por el *delirium tremens*, ese terrible visitante que ya había frecuentado su cerebro una o dos veces. Así desapareció de este mundo uno de los más grandes héroes literarios, el hombre de genio que había escrito en *El Gato negro* estas palabras fatídicas: «¿Qué enfermedad es comparable al alcohol?».

Esa muerte es casi un suicidio, —un suicidio preparado desde hacía mucho tiempo. Al menos, ella causó escándalo. El clamor fue grande, y la *virtud* dio carrera a su *canto* enfático, libremente y voluptuosamente. Las oraciones fúnebres más indulgentes no pudieron no dar lugar a la inevitable moral burguesa, que no podía dejar que se le escapara una tan admirable ocasión. El Sr. Griswold difamó; el Sr. Willis, sinceramente afligido, estuvo más allá de lo conveniente. ¡Ay! aquel que había franqueado las alturas más arduas de la estética y que se había hundido en los abismos menos explorados del intelecto humano; aquel que, a través de una vida que semeja una tempestad sin calma, había encontrado medios nuevos, procedimientos desconocidos, para asombrar a la imaginación, para seducir a los espíritus sedientos de lo Bello, acababa de morir en algunas horas en un lecho de hospital, ¡qué destino! ¡Y tanta grandeza y tanta desgracia, para levantar un torbellino de fraseología burguesa, para volverse el pasto y el tema de los periodistas virtuosos!

Ut declamatio fias!

Esos espectáculos no son nuevos; es raro que una sepultura fresca e ilustre no se convierta en una cita de escándalos. Por otra parte, la sociedad no ama a esos rabiosos desdichados, y, sea que turben sus fiestas, sea que los considere ingenuamente como remordimientos, ella tiene incontestablemente razón. ¿Quién no recuerda las declamaciones parisienses cuando la muerte de Balzac, que sin embargo murió correctamente? Y más recientemente todavía, hace hoy, 26 de enero, justo un año, cuando un escritor de una honestidad admirable, de una alta inteligencia, y que siempre estuvo lúcido,

fue discretamente, sin molestar a nadie, tan discretamente que su discreción parecía desprecio, a desatar su alma en la calle más negra que pudo encontrar, ¡qué asquerosas homilías! ¡qué asesinato refinado! Un periodista célebre, a quien Jesús no enseñará nunca las maneras generosas, encontró la aventura tan jovial como para celebrarla en un grueso retruécano. Entre la múltiple enumeración de los *derechos del hombre* que la sabiduría del siglo XIX recomienza tan a menudo y tan complacientemente, dos muy importantes han sido olvidados, que son el derecho de contradecirse y el derecho de *irse*. Pero la *sociedad* mira a aquel que se va como un insolente; ella castigaría con ganas a ciertos despojos fúnebres, como ese desdichado soldado, afectado de vampirismo, al que la visión de un cadáver excitaba hasta la furia. Y sin embargo se puede decir que, bajo la presión de ciertas circunstancias, después de un serio examen de ciertas incompatibilidades, con firmes creencias en ciertos dogmas y metempsicosis, se puede decir, sin énfasis y sin juego de palabras, que el suicidio es quizá la acción más razonable de la vida. Y así se forma una compañía de fantasmas ya numerosa, que nos persigue familiarmente, y cada uno de cuyos miembros viene a alabarnos su reposo actual y a deslizarnos sus persuasiones.

Confesemos sin embargo que el lúgubre fin del autor de Eureka suscitó algunas consoladoras excepciones, sin lo cual habría que desesperar, y la plaza sería indefendible. El Sr. Willis, como ya lo he dicho, habló honestamente, y aún con emoción, de las buenas relaciones que él siempre había tenido con Poe. Los Sres. John Neal y George Graham intimaron al Sr. Griswold al pudor. El Sr. Longfellow, y éste tanto más meritorio dado que Poe lo había maltratado cruelmente, supo elogiar de una manera digna de un poeta su alto poderío como poeta y como prosista. Un desconocido escribió que la Norteamérica literaria había perdido su cabeza más sólida.

Pero el corazón roto, el corazón desgarrado, el corazón perforado por siete espadas, fue el de la Sra. Clemm. Edgar era a la vez su hijo y su hija. ¡Rudo destino, dijo Willis de quien tomo estos detalles, casi palabra por palabra, rudo destino ese que ella vigilaba y protegía! Edgar Poe era un hombre embarazoso; además de que escribía con una fastidiosa dificultad y *en un estilo muy por encima del nivel intelectual común para que se lo pudiera pagar caro*, estaba siempre metido en problemas de dinero, y a menudo él y

su mujer enferma carecían de las cosas más necesarias para su vida. Un día, Willis vio entrar en su escritorio a una mujer, vieja, dulce, grave. Era la Sra. Clemm. Ella *buscaba trabajo* para su querido Edgar. El biógrafo dice que fue sinceramente tocado, no solamente por el elogio perfecto, por la apreciación exacta que ella hacía de los talentos de su hijo, sino también por todo su ser exterior, por su voz dulce y triste, por sus maneras un poco anticuadas, pero bellas y grandes. Y durante muchos años, agrega, hemos visto a esa infatigable servidora del genio, pobrementemente e insuficientemente vestida, yendo de periódico en periódico para vender tanto un poema, tanto un artículo, diciendo a veces que estaba enfermo, única explicación, única razón, invariable excusa que ella daba cuando su hijo se hallaba golpeado momentáneamente por una de esas esterilidades que conocen los escritores nerviosos, y no permitiendo nunca a sus labios soltar una sílaba que pudiera ser interpretada como una duda, como una disminución de confianza en el genio y la voluntad de su bien amado. Cuando su hija murió, ella se ligó al sobreviviente de la desastrosa batalla con un ardor maternal reforzado, defendiéndolo contra la vida y contra sí mismo. Ciertamente, —concluye Willis con una alta e imparcial razón—, si la devoción de la mujer nacida con un primer amor y mantenida por la pasión humana glorifica y consagra su objeto, ¿qué no dice a favor de aquel que inspira una devoción como esta, pura, desinteresada y santa como un centinela divino? Los detractores de Poe hubieran debido en efecto notar que hay seducciones tan poderosas que no pueden ser sino virtudes.

Se adivina cuan terrible fue la noticia para la desdichada mujer. Ella escribió a Willis una carta de la cual reproduzco algunas líneas:

«Me he enterado esta mañana de la muerte de mi bien amado Eddie... ¿Puede usted transmitirme algunos detalles, algunas circunstancias?... ¡Oh! no abandone a su pobre amiga en esta amarga aflicción... Dígale a M... que me venga a ver; tengo que cumplir con él un encargo de parte de mi pobre Eddie... No tengo necesidad de rogarle que anuncie su muerte y que hable bien de él. Sé que usted lo hará. *Pero diga bien qué hijo afectuoso era para mí, su pobre madre desconsolada...*»

Esta mujer me parece grande y más que antigua. Abrumada por un golpe irreparable, no piensa sino en la reputación de aquel que era todo para

ella, y no basta, para contentarla, que se diga que era un genio, es necesario que se sepa que era un hombre de deber y de afecto. Es evidente que esta madre —antorcha y hogar alumbrado por un rayo del más alto cielo— ha sido dada como ejemplo a nuestras razas demasiado poco cuidadosas de la devoción, del heroísmo, y de todo lo que es más que el deber. ¿No era justo inscribir delante de las obras del poeta el nombre de aquella que fue el sol moral de su vida? Embalsamará en su gloria el nombre de la mujer cuya ternura sabía curar sus llagas, y cuya imagen revoloteará incesantemente por encima del martirologio de la literatura.

III

La vida de Poe, sus costumbres, sus maneras, su ser físico, todo lo que constituye el conjunto de su personaje, se nos aparecen como algo tenebroso y brillante a la vez. Su persona era singular, seductora y, como sus obras, marcada por un indefinible sello de melancolía. Por otra parte, estaba notablemente bien dotado de todas maneras. Joven, había mostrado una rara aptitud para todos los ejercicios físicos, y, aunque fuera pequeño, con pies y manos de mujer, con todo su ser llevando por otra parte ese carácter de delicadeza femenina, era más que robusto y capaz de maravillosos rasgos de fuerza. Había, en su juventud, ganado una apuesta como nadador que sobrepasa la medida ordinaria de lo posible. Se diría que la Naturaleza proporciona a aquellos de los cuales quiere sacar grandes cosas un temperamento enérgico, así como da una poderosa vitalidad a los árboles que están encargados de simbolizar el duelo y el dolor. Esos hombres, con apariencias a veces endebles, están tallados como atletas, son buenos para la orgía y para el trabajo, prontos para los excesos y capaces de asombrosas sobriedades.

Hay algunos puntos relativos a Edgar Poe sobre los cuales hay acuerdo unánime, por ejemplo su alta distinción natural, su elocuencia y su belleza, de la cual, por lo que se dice, sacaba algo de vanidad. Sus maneras, mezcla singular de altanería con una dulzura exquisita, estaban plenas de certidumbre. Fisonomía, pasos, gestos, aires de cabeza, todo lo designaba, sobre todo en sus buenos días, como una criatura de elección. Todo su ser respiraba una solemnidad penetrante. Estaba realmente marcado por la Naturaleza, como esas figuras de transeúntes que atraen el ojo del observador y preocupan su memoria. El pedante y agrio Griswold mismo confiesa que, cuando fue a visitar a Poe y lo encontró pálido y enfermo todavía de la muerte y la enfermedad de su mujer, fue tocado desmesuradamente, no sólo por la perfección de sus maneras, sino también por la fisonomía aristocrática, por la atmósfera perfumada de su departamento, por otra parte muy modestamente amueblado. Griswold ignora que el poeta tiene más que todos los hombres ese maravilloso privilegio, atribuido a la mujer parisiense y a la Española, de saber arreglarse con una nada, y que Poe, enamorado de lo bello en todas las

cosas, hubiera encontrado el arte de transformar una choza en un palacio de una especie nueva. ¿No escribió, con el espíritu más original y más curioso, proyectos de mobiliarios, planos de casas de campo, de jardines y reformas de paisajes?

Existe una carta encantadora de la Sra. Frances Osgood, que fue una de las amigas de Poe, y que nos da sobre sus costumbres, sobre su persona y sobre su vida de hogar los más curiosos detalles. Esa mujer, que era ella misma una escritora distinguida, niega valientemente todos los vicios y todas las faltas reprochadas al poeta.

«Con los hombres, dice a Griswold, quizá era tal como usted lo pinta, y como hombre puede usted tener razón. Pero yo sostengo que con las mujeres era distinto, y que nunca una mujer ha podido conocer al Sr. Poe sin experimentar por él un profundo interés. Nunca se me apareció de otra manera que como un modelo de elegancia, de distinción y de generosidad.

«La primera vez que nos vimos, fue en *Astor-House*. Willis me había hecho llegar a la mesa *El Cuervo*, sobre el cual el autor, me dijo, deseaba conocer mi opinión. La música misteriosa y sobrenatural de ese poema extraño me penetró tan íntimamente, que, cuando me enteré que Poe deseaba serme presentado, experimenté un sentimiento singular y que se asemejaba al escalofrío. Apareció con su bella y orgullosa cabeza, sus ojos sombríos que irradiaban una luz de excepción, una luz de sentimiento y de pensamiento, con sus maneras que eran una mezcla intraducible de altanería y de suavidad, me saludó, calmo, grave, casi frío; pero bajo esa frialdad vibraba una simpatía tan marcada, que no pude impedir sentirme profundamente impresionada. A partir de ese momento hasta su muerte, fuimos amigos..., y yo sé que, en sus últimas palabras, tuve mi parte de recuerdo, y que me ha dado, antes que su razón no fuera derribada de su trono de soberana, una prueba suprema de su fidelidad en amistad.

«Era sobre todo en su interior, a la vez simple y poético, que el carácter de Edgar Poe aparecía para mí en su más bella luz. Travieso, afectuoso, espiritual, a veces dócil y a veces malvado como un niño mimado, tenía siempre para su joven, dulce y adorada mujer, y para todos quienes llegaban, aún en medio de sus más agobiantes trabajos literarios, una palabra amable, una sonrisa acogedora, atenciones graciosas y corteses. Pasaba interminables ho-

ras frente a su escritorio, bajo el retrato de su *Lenore*, la amada y la muerta, siempre asiduo, siempre resignado y fijando con su admirable escritura las brillantes fantasías que atravesaban su sorprendente cerebro incesantemente despierto. Recuerdo haberlo visto una mañana más feliz y más alegre que de costumbre. Virginia, su dulce mujer, me había rogado que fuera a verlos, y me era imposible resistirme a sus pedidos... Lo encontré trabajando en la serie de artículos que ha publicado bajo el título: *The Literati of New York*. «Vea» me dijo desplegando con una risa de triunfo muchos pequeños rollos de papel (escribía sobre bandas estrechas, sin duda para conformar su copia a la *justificación* de los periódicos), «voy a mostrarle por la diferencia de los tamaños los diversos grados de estima que tengo por cada miembro de su gente literaria. En cada uno de esos papeles, uno de ustedes es sacudido y limpiamente discutido... ¡Venga, Virginia, y ayúdeme!» Y los desplegaron uno por uno. Al fin, había uno que parecía interminable. Virginia, siempre riendo, retrocedió hasta un rincón de la habitación, teniéndolo por un extremo, y su marido hacia otro rincón con el otro extremo. «¿Y quién es el agraciado, dije, que habéis juzgado digno de esta inconmensurable dulzura? — ¡La escucháis, gritó, como si su vanidoso corazoncito no le hubiera ya dicho que es ella misma!»

«Cuando me vi obligada a viajar por mi salud, mantuve una correspondencia regular con Poe, obedeciendo así a las vivas sollicitaciones de su mujer, que creía que yo podía tener sobre él una influencia y un ascendiente saludables... En cuanto al amor y a la confianza que existían entre su mujer y él, y que eran para mí un espectáculo delicioso, no sería capaz de hablar con suficiente convicción, con suficiente calor. Olvido algunos pequeños episodios poéticos en los cuales lo arrojó su temperamento novelesco. Pienso que ella era la única mujer que él siempre amó verdaderamente...»

En los Relatos de Poe, nunca hay amor. Al menos, *Ligeia*, *Eleonora*, no son, para hablar justamente, historias de amor, siendo completamente distinta la idea principal sobre la cual pivotea la obra. Quizá creía que la prosa no es una lengua a la altura de ese extraño y casi intraducible sentimiento; pero sus poemas, en cambio, están fuertemente saturados de ello. La divina pasión aparece allí magnífica, estrellada, y siempre velada por una irremediable melancolía. En sus artículos, habla a veces del amor, y aún como de una

cosa cuyo nombre hace estremecer la pluma. En *The Domain of Arnheim*, afirmará que las cuatro condiciones elementales de la felicidad son: la vida al aire libre, el amor de una mujer, el desapego de toda ambición y la creación de una nueva Belleza. Lo que corrobora la idea de la Sra. Frances Osgood con relación al respeto caballeresco de Poe por las mujeres, es que, a pesar de su prodigioso talento por lo grotesco y lo horrible, no hay en toda su obra un solo pasaje que tenga que ver con la lubricidad o aún con los placeres sensuales. Sus retratos de mujeres están, por así decirlo, aureolados; brillan en el seno de un vapor sobrenatural y están pintados a la manera enfática de un adorador. En cuanto a los *pequeños episodios novelescos*, ¿hay que asombrarse de que un ser tan nervioso, cuya sed de lo Bello era quizás el rasgo principal, haya a veces, con un ardor apasionado, cultivado la galantería, esa flor volcánica y almizclada para la cual el cerebro hirviente de los poetas es un terreno predilecto?

De su rara belleza personal, de la cual hablan muchos biógrafos, el espíritu puede, creo, hacerse una idea aproximada, llamando en su ayuda a todas las nociones vagas, pero sin embargo características, contenidas en la palabra *romántico*, palabra que sirve generalmente para expresar los géneros de belleza que consisten sobre todo en la expresión. Poe tenía una vasta frente, dominadora, donde ciertas protuberancias traicionaban las facultades desbordantes que ellas están encargadas de representar, —construcción, comparación, causalidad—, y donde tronaba en un calmo orgullo el sentido de la idealidad, el sentido estético por excelencia. Sin embargo, a pesar de esos dones, o quizá a causa de esos privilegios exorbitantes, esa cabeza vista de perfil no ofrecía quizá un aspecto agradable. Como en todas las cosas excesivas por un sentido, un déficit podía resultar de la abundancia, una pobreza de la usurpación. Tenía grandes ojos a la vez sombríos y plenos de luz, de un color indeciso y tenebroso, tirando al violeta, la nariz noble y sólida, la boca fina y triste, aunque ligeramente sonriente, el tinte moreno oscuro, la faz generalmente pálida, la fisonomía un poco distraída e imperceptiblemente pintada por una melancolía habitual.

Su conversación era de las más notables y esencialmente nutritiva. No era lo que se llama un buen charlista —una cosa horrible—, y por otra parte su palabra como su pluma tenía horror de lo convencional; pero un vasto

saber, una lingüística poderosa, fuertes estudios, impresiones recogidas en muchos países, hacían de esa palabra una enseñanza. Su elocuencia, esencialmente poética, plena de método, y moviéndose siempre fuera de todo método conocido, un arsenal de imágenes extraídas de un mundo poco frecuentado por la muchedumbre de los espíritus, un arte prodigioso para deducir una proposición evidente y absolutamente aceptable de las percepciones secretas y nuevas, abriendo asombrosas perspectivas, y, en una palabra, el arte de encantar, de hacer pensar, de hacer soñar, de arrancar las almas de los pantanos de la rutina, tales eran las deslumbrantes facultades de las cuales mucha gente ha guardado el recuerdo. Pero ocurría a veces —se lo dice, al menos— que el poeta, complaciéndose en un capricho destructor, devolvía bruscamente a sus amigos a la tierra por un cinismo afligente y demolía brutalmente su obra de espiritualidad. Es por otra parte una cosa a señalar, que él era muy poco difícil en la elección de sus oyentes, y creo que el lector encontrará sin pena en la historia otras inteligencias grandes y originales, para quienes toda compañía era buena. Ciertos espíritus, solitarios en medio de la muchedumbre y que se apaciguan en el monólogo, no tienen sino que recurrir a la delicadeza en materia de público. Es en suma, una especie de fraternidad basada en el desprecio.

De su ebriedad — celebrada y reprochada con una insistencia que podría dar a creer que todos los escritores de los Estados Unidos, salvo Poe, son ángeles de sobriedad —, no obstante hay que hablar. Muchas versiones son plausibles, y ninguna excluye a las otras. Ante todo, estoy obligado a señalar que Willis y la Sra. Osgood afirman que una cantidad sumamente mínima de vino o de licor bastaba para perturbar completamente su organismo. Era por otra parte fácil suponer que un hombre tan realmente solitario, tan profundamente desdichado y que ha podido a menudo encarar todo el sistema social como una paradoja y una impostura; un hombre que, acosado por un destino sin piedad, repetía a menudo que la sociedad no es más que una turba de miserables (es Griswold quien informa eso, tan escandalizado como un hombre que puede pensar la misma cosa, pero que nunca la dirá), es natural, digo, suponer que ese poeta arrojado muy niño en los azares de la vida libre, el cerebro rodeado por un trabajo áspero y continuo, haya buscado a veces una voluptuosidad de olvido en las botellas. Rencores literarios, vér-

tigos del infinito, dolores domésticos, insultos en la miseria, Poe escapaba de todo en lo negro de la ebriedad como en una tumba preparatoria. Pero, por buena que parezca esta explicación, no la encuentro suficientemente amplia, y desconfío de ella a causa de su deplorable simplicidad.

Sé que no bebía golosamente, sino como bárbaro, con una actividad y una economía de tiempo completamente norteamericana, como cumpliendo una función homicida, como teniendo en él *algo* que matar, *a worm that would not die*. Cuenta por otra parte que un día, en el momento de volver a casarse (las amonestaciones habían sido publicadas, y, como se lo felicitaba por una unión que ponía en sus manos las más altas condiciones de felicidad y de bienestar, había dicho: «Es posible que hayan visto amonestaciones, pero fíjense bien en esto: ¡no me voy a casar!»), fue, espantosamente borracho, a escandalizar el vecindario de la que debía ser su mujer, habiendo así recurrido a su vicio para desembarazarse de un perjurio hacia la pobre muerta, cuya imagen vivía siempre en él y que había admirablemente cantado en su *Annabel Lee*. Considero pues, en un gran número de casos, el hecho infinitamente precioso de premeditación como adquirido y constatado.

Leo por otra parte, en un largo artículo del *Southern Literary Messenger* —esa misma revista de la cual él había comenzado el éxito—, que nunca la pureza, lo acabado de su estilo, nunca la nitidez de su pensamiento, nunca su ardor en el trabajo fueron alterados por ese terrible hábito; que la confección de la mayor parte de sus excelentes trozos ha precedido o seguido a una de sus crisis; que después de la publicación de *Eureka*, se sacrificó deplorablemente a su inclinación, y que en Nueva York, la mañana misma en que aparecía *El Cuervo*, mientras que el nombre del poeta estaba en todas las bocas, él atravesaba Broadway trastabillando ingominiosamente. Observen que las palabras *precedido* o *seguido* implican que la ebriedad podía servir tanto de excitante como de reposo.

Ahora bien, es incontestable que —semejantes a esas impresiones fugitivas y tocantes, tanto más tocantes en sus regresos cuanto más fugitivas son, que siguen a veces a un síntoma exterior, esa especie de advertencia como una campanada, una nota musical o un perfume olvidado, y que son ellas mismas seguidas por un acontecimiento semejante a un acontecimiento ya conocido y que ocupaba el lugar en una cadena anteriormente revelada,

— semejantes a esos singulares sueños periódicos que frecuentan nuestras noches —, hay en la ebriedad no solamente encadenamientos de sueños, sino series de razonamientos, que tienen necesidad, para reproducirse, del medio que les dio nacimiento. Si el lector me ha seguido sin repugnancia, ya ha adivinado mi conclusión: creo que, en muchos casos, no por cierto en todos, la ebriedad de Poe era un medio mnemónico, un método de trabajo, método enérgico y mortal, pero apropiado a su naturaleza apasionada. El poeta había aprendido a beber, como un literato cuidadoso se ejercita en llevar cuadernos de notas. No podía resistir al deseo de volver a encontrar las visiones maravillosas o espantosas, las concepciones sutiles que había descubierto en una tempestad precedente: eran viejos conocidos que lo atraían imperativamente, y, para reanudar relaciones con ellos, tomó el camino más peligroso, pero el más directo. Una parte de lo que hoy nos regocija es lo que le ha matado.

IV

De las obras de el singular genio tengo poco que decir; el público hará ver lo que piensa. Me sería difícil, quizá, pero no imposible desentrañar su método, explicar su procedimiento, sobre todo en la parte de sus obras cuyo principal efecto yace en un análisis bien combinado. Podría introducir al lector en los misterios de su fabricación, extenderme largamente sobre esa porción de genio norteamericano que lo hace regocijarse ante una dificultad vencida, ante un enigma develado, ante un desafío superado, que lo impulsa a jugarse con una voluptuosidad infantil y casi perversa en el mundo de las probabilidades y de las conjeturas, y a crear *mentiras* a las cuales su arte sutil ha dado una vida verosímil. Nadie negará que Poe sea un titiritero maravilloso, y sé que él daba sobre todo su estima a otra parte de sus obras. Tengo algunas observaciones más importantes, por otra parte muy breves.

No es por sus milagros materiales, que no obstante han hecho su renombre, que le será dado conquistar la admiración de las gentes que piensan, es por su amor a lo Bello, por su conocimiento de las condiciones armónicas de la belleza, por su poesía profunda y lastimera, trabajada sin embargo, transparente y correcta como una joya de cristal, por su admirable estilo, puro y extraño, apretado como las mallas de una armadura, complaciente y minucioso, y cuya más ligera intención sirve para impulsar dulcemente al lector hacia un fin querido, y en fin sobre todo por ese genio totalmente especial, por ese temperamento único que le ha permitido pintar y explicar, de una manera impecable, sorprendente, terrible, *la excepción en el orden general*. Diderot, para tomar un ejemplo entre cien, es un autor sanguíneo; Poe es el escritor de los nervios, y aún de algo más, y el mejor que yo conozca.

En él, toda entrada en materia es atrayente sin violencia, como un torbellino. Su solemnidad sorprende y tiene el espíritu en vela. Se siente primero que se trata de algo grave. Y lentamente, poco a poco, se desarrolla una historia de la cual todo el interés reposa sobre una imperceptible desviación del intelecto, sobre una hipótesis audaz, sobre un dosaje imprudente de la Naturaleza en la amalgama de las facultades. El lector, ligado por el vértigo, es constreñido a seguir al autor en sus seductoras deducciones.

Ningún hombre, repito, ha narrado con mayor magia las *excepciones* de la vida humana y de la naturaleza: los ardores de curiosidad de la convalecencia; los fines de temporada cargados de esplendores enervantes, los tiempos cálidos, húmedos y brumosos, donde el viento del sud debilita y distiende los nervios como las cuerdas de un instrumento, donde los ojos se colman de lágrimas que no vienen del corazón; la alucinación dejando primero lugar a la duda, pronto convencida y razonadora como un libro; el absurdo instalándose en la inteligencia y gobernándola con una espantosa lógica; la histeria usurpando el lugar de la voluntad, la contradicción establecida entre los nervios y el espíritu, y el hombre desacordado al punto de expresar el dolor por la risa. Analiza lo que hay de más fugitivo, sopesa lo imponderable, y describe, con esa manera minuciosa y científica cuyos efectos son terribles, todo eso imaginario que flota alrededor del hombre nervioso y lo lleva a mal.

El ardor mismo con el cual se arroja en lo grotesco por el amor de lo grotesco y en lo horrible por el amor de lo horrible, me sirve para verificar la sinceridad de su obra y el acuerdo del hombre con el poeta. Ya he señalado que, en muchos hombres, ese ardor era muy a menudo el resultado de una vasta energía vital desocupada, a veces de una porfiada castidad y también de una profunda sensibilidad rechazada. La voluptuosidad sobrenatural que el hombre puede experimentar al ver correr su propia sangre, los movimientos repentinos, violentos, inútiles, los grandes gritos arrojados al aire, sin que el espíritu haya gobernado la garganta, son fenómenos a alinear en el mismo orden.

En el seno de esta literatura donde el aire es enrarecido, el espíritu puede experimentar esa vasta angustia, ese temor pronto a las lágrimas y ese malestar del corazón que habitan los lugares inmensos y singulares. Pero la admiración es más fuerte, y por otra parte el arte es tan grande! Los fondos y los accesorios están allí apropiados al sentimiento de los personajes. Soledad de la naturaleza o agitación de las ciudades, todo es allí descrito nerviosamente y fantásticamente. Como nuestro Eugène Delacroix, que ha elevado su arte a la altura de la gran poesía, a Edgar Poe le gusta agitar sus figuras sobre fondos violáceos y verdosos donde se revelan la fosforescencia de la podredumbre y el olor de la tormenta. La naturaleza llamada inanimada participa

de la naturaleza de los seres vivos, y, como ellos, se estremece con un estremecimiento sobrenatural y galvánico. El espacio es profundizado por el opio; el opio da un sentido mágico a todas las tintas, y hace vibrar todos los ruidos con más significativa sonoridad. A veces, escapadas magníficas, tragos de luz y de color, se abren repentinamente en sus paisajes, y se ve aparecer en el fondo de sus horizontes ciudades orientales y arquitecturas, vaporizadas por la distancia, donde el sol arroja lluvias de oro.

Los personajes de Poe, o mejor el personaje de Poe, el hombre de facultades sobreagudas, el hombre de nervios relajados, el hombre cuya voluntad ardiente y paciente arroja un desafío a las dificultades, aquel cuya mirada es tendida con la rigidez de una espada sobre objetos que crecen a medida que los mira, — es Poe mismo. — Y sus mujeres, todas luminosas y enfermas, muriendo de extraños males y hablando con una voz que se parece a una música, son también él; o al menos, por sus aspiraciones inusuales, por su saber, por su melancolía incurable, ellas participan fuertemente de la naturaleza de su creador. En cuanto a su mujer ideal, a su Titánida, se revela bajo diferentes retratos, esparcidos en sus poemas muy poco numerosos, retratos, o más bien maneras de sentir la belleza, que el temperamento del autor aproxima y confunde en una unidad vaga pero sensible, y donde vive más delicadamente quizá que en otra parte ese amor insaciable de lo Bello, que es su gran título, es decir el resumen de sus títulos a la afección y al respeto de los poetas.

Reunimos bajo el título: *Historias extraordinarias* diversos cuentos elegidos en la obra personal de Poe. Esa obra se compone de un número considerable de Relatos, de una cantidad no menos fuerte de artículos críticos y de artículos diversos, de un poema filosófico (*Eureka*), de poemas, y de una novela puramente humana (*Las Aventuras de Arturo Gordon Pym*). Si encuentro todavía, como lo espero, la ocasión de hablar de este poeta, daré el análisis de sus opiniones filosóficas y literarias, así como generalmente obras cuya traducción completa tuviera pocas chances de éxito entre un público que prefiere mucho la diversión y la emoción a la más importante verdad filosófica.

Dos documentos

El jueves 18 de marzo de 1856, un poco antes de las cinco de la mañana, al hacer ruido con un mueble, Jeanne Duval despierta a Baudelaire. A quien el sueño que acaban de interrumpir le resulta tan raro como para sentir la irreprimible necesidad de contárselo en detalle a su gran amigo, Charles Asselineau, en una carta que se pone a escribir de inmediato. Contamos así con un documento tan tocante como estremecedor: un sueño con fecha, narrado por su protagonista. Sería suficiente para volverlo riquísimamente invalorable, especialmente por tratarse de quien se trata: un autor en cuya obra los sueños han tenido un rol fundamental. Pero a ello se añade un contexto no menos estremecedor: recién en ese día que comienza, Baudelaire iba a recibir ejemplares de su primera obra literaria publicada, que desde siempre ansiaba ofrecer a su distante y fría madre como reivindicación de su entero destino. Y ese libro, doblemente sintomático, *Histoires extraordinaires*, es además la primera traducción de Poe, un artista con el cual se sentirá ineludiblemente identificado, y a quien en el mismo prólogo de esa obra va a relacionar con el otro gran fantasma de su vida: Gérard de Nerval. No es por azar que de ese sueño tan misterioso y tan misteriosamente documentado haya surgido uno de los libros más singulares sobre este singular autor: *Histoire extraordinaire*, de Michel Butor (Gallimard, París, 1961), que se abre y se entrelaza, enriqueciéndose, en las más diversas pero siempre concomitantes direcciones, pero autodefiniéndose en forma sintomática como «ensayo sobre un sueño de Baudelaire». En testimonio irrefutable de la hondura con que todo esto caló en la personalidad del gran poeta de *Les fleurs du mal*, baste ese otro indeleble documento de su amigo Catulle Mendès, recordando una estremecedora noche que pasaron juntos en 1865. Las conclusiones, inevitables y nunca definitivas, permanecen abiertas.

Carta a Charles Asselineau

Jueves 13 de marzo de 1856.

«Mi querido amigo,

Puesto que los sueños le divierten, he aquí uno que, estoy seguro, no le disgustará. Son las cinco de la mañana, hace mucho calor. Note que no es sino una de las mil muestras de los sueños por los cuales soy asediado, y no tengo necesidad de decirle que su singularidad completa, su carácter general que es ser absolutamente extraños a mis ocupaciones o a mis aventuras pasionales, me llevan siempre a creer que son un lenguaje jeroglífico del cual no tengo la clave.

Eran (en mi sueño) las dos o las tres de la mañana, y yo me paseaba solo por las calles. Encuentro a Castille, que tenía, creo, muchas compras que hacer, y le digo que la acompañaré y que aprovecharé el coche para hacer una compra personal. Tomamos pues un coche. Yo consideraba como un *deber* ofrecer a la dueña de una gran casa de prostitución un libro mío que acababa de aparecer. Al mirar mi libro, que yo tenía en la mano, *ocurió* que era un libro obsceno, lo que me explicó la *necesidad* de ofrecer esa obra a esa mujer. Además, en mi espíritu, esa necesidad era en el fondo un pretexto, una ocasión de acostarme, con una de las muchachas de la casa: lo que implica que, sin la necesidad de ofrecer el libro, yo no hubiera osado ir a una casa semejante.

No digo nada a Castille, hago detener el coche a la puerta de esa casa, y dejo a Castille en el coche, prometiéndome no hacerla esperar mucho.

Tan pronto como hube llamado y hube entrado, advierto que mi p... colgaba por la hendidura de mi pantalón desabotonado, y juzgo que es indecente presentarme así aún en un sitio semejante. Además, sintiéndome los pies muy mojados, noto que tengo *los pies descalzos*, y que los he posado en un charco húmedo, al comienzo de la escalera. ¡Bah!, me digo, los lavaré antes de hacer el amor, y antes de salir de la casa. Subo. A partir de ese momento, ya no se hace más cuestión del libro.

Me encuentro en vastas galerías, que comunica entre sí, — mal iluminadas, de un carácter triste y ajado, — como los viejos cafés, los antiguos gabinetes de lectura o las viles casas de juego. Las muchachas, esparcidas a través de esas vastas galerías, conversan con hombres, entre los cuales veo colegiales. Me siento muy triste y muy intimidado; temo que vean mis pies. Los miro, noto que hay uno que lleva un zapato. Algún tiempo después, reparo en que hay dos calzados. Lo que me asombra, es que las paredes de esas vastas galerías están adornadas con dibujos de todas clases, enmarcados. Todos no son obscenos. Hay incluso dibujos de arquitectura y figuras egipcias. Como me siento de más en más intimidado, y no oso abordar a una muchacha, me divierto examinando minuciosamente todos los dibujos.

En una parte alejada de una de esas galerías, encuentro una serie muy singular. En una multitud de pequeños cuadros, veo dibujos, miniaturas, pruebas fotográficas. Representan pájaros coloreados, con plumajes muy brillantes, cuyo ojo está vivo. A veces, no hay más que mitades de pájaros. Representan a veces imágenes de seres extraños, monstruosos, casi amorfos, como aerolitos. En un rincón de cada dibujo, hay una nota: la muchacha tal, con años de edad, ha dado a luz este feto, en tal año. Y otras notas por el estilo.

Se me ocurre reflexionar que ese género de dibujos es bien poco adecuado para dar ideas de amor. Otra reflexión es ésta: no hay verdaderamente en el mundo más que un solo diario, y es *El Siglo*, que pueda ser tan bruto como para abrir un prostíbulo, y poner allí al mismo tiempo un museo de medicina. En efecto, me digo de pronto, es *El Siglo* el que ha puesto los fondos para esta especulación de burdel, y el museo de medicina se explica por su manía de *progreso*, de *ciencia*, de *difusión de las luces*. Entonces, reflexiono que la estupidez y la tontería modernas tienen su utilidad misteriosa, y que, a menudo, lo que ha sido hecho para el mal, por una mecánica espiritual, gira hacia el bien.

Admiro en mí mismo la precisión de mi espíritu filosófico. Pero, entre todos esos seres, hay uno que ha vivido. Es un monstruo nacido en la casa y que se mantiene eternamente sobre un pedestal. Aunque vivo, forma parte entonces del museo. No es feo. Su figura es incluso linda, muy curtida, de un color oriental. Hay en él mucho de rosa y de verde. Se mantiene

acurrucado, pero en una posición rara y contorsionada. Hay además algo negruzco que gira muchas veces alrededor de sus miembros, como una gruesa serpiente. Le pregunto qué es: me dice que es un apéndice monstruoso que le parte de la cabeza, algo elástico como el caucho, y tan largo, tan largo, que, si lo enrollara sobre su cabeza como un rodete, sería mucho más pesado y absolutamente imposible de llevar: que, desde entonces, está obligado a llevarlo alrededor de sus miembros, lo que, por otra parte, causa un efecto más bello. Converso largamente con el monstruo. Me informa sus fastidios y sus pesares. Hace muchos años que está obligado a mantenerse en esa sala, sobre ese pedestal, por la curiosidad del público. Pero su principal fastidio, es a la hora de comer. Tratándose de un ser vivo, está obligado a comer con las muchachas del establecimiento, — de caminar vacilante, con su apéndice de caucho, hasta el comedor, — donde tiene que mantenerlo enrollado a su alrededor, o colocarlo como un paquete de cuerdas sobre una silla, porque, si lo dejara arrastrar por tierra, eso le volcaría la cabeza hacia atrás.

Además, está obligado, él pequeño y encogido, a comer al lado de una muchacha grande y bien hecha. Me da por otra parte todas esas explicaciones sin amargura. No oso tocarlo, pero me intereso en él.

En ese momento (eso ya no es del sueño), mi mujer hace ruido con un mueble en el cuarto, lo que me despierta. Me despierto fatigado, roto, molido en la espalda, las piernas y las caderas. Presumo que dormía en la posición contorsionada del monstruo.

Ignoro si todo eso le parecerá tan grotesco como a mí. Al buen Minet no le sería fácil, supongo, encontrar allí una adaptación moral.

Totalmente suyo.

CH. BAUDELAIRE.»

Una noche con Baudelaire (1865)

«De golpe, pero con una voz contenida, casi no articulada, con una voz de confidencia: «¿Ha conocido a Gérard de Nerval? – No, le dije.» Él continuó: «no estaba loco. Pregúntele a Asselineau. Asselineau le explicará que Gérard no estuvo nunca loco: sin embargo se ha suicidado, se ha ahorcado. Usted sabe, a la puerta de un tabuco, en una calle infame. ¡Ahorcado, se ha ahorcado! ¿Por qué eligió, decidido a morir, la vileza de ese lugar y de un pingajo alrededor del cuello? Hay venenos sutiles, acariciantes, ingeniosos, gracias a los cuales la muerte comienza por la alegría, al menos por el sueño...» Yo no decía nada, no osaba hablar. «¡Pero no, no, continuó él, alzando la voz, casi gritando, no es verdad, no se ha matado, no se ha matado, se han engañado, han mentido! ¡No, no, no estaba loco, no estaba enfermo, no se ha matado! ¡Oh!, ¿no es así?, iba a decirle, va a decirle a todo el mundo que no estaba loco, y que no se ha matado, prométame decir que no se ha matado!» Yo prometí todo lo que quería, temblando, en las tinieblas. Cesó de hablar. Pensaba en ir a la cama para acostarme, descansar un poco. No me movía, con miedo de golpear algún mueble, y, también, esperaba no sé qué. De pronto un sollozo estalló, sordo, contenido, como de un corazón que revienta bajo un gran peso. Y no hubo más que un solo sollozo. El miedo me apretó en la inmovilidad. Estaba quebrado, cerraba los ojos para no ver la sombra, delante de mí, en el espejo...

Cuando me desperté, Baudelaire ya no estaba allí...»

Catulle Mendès

Críticos de Baudelaire

Rencores literarios
graves agravios grávidos
pequeñeces sin sangre
sombra semen sudor
miserables miserias
gigantes de lo bajo
ciegos cerebros torpes
corazón amarillo
resollando en su barro

Plumas de plomo plano
promotores cambistas
urdiendo maniobrando

Un artista del hambre
sabrà resplandecer

Rodolfo Alonso

Índice

B

Bohemios en viaje 11

C

Carta a charles asselineau 63

Cielo nublado 19

Correspondencias 8

Críticos de baudelaire 67

¿Cuál es la verdadera? 34

D

Dos documentos 62

E

El espejo 35

El extranjero 31

El fin de la jornada 26

El gusto de la nada 27

El perro y el frasco 33

El puerto 36

El vino de los amantes 24

H

Historias extraordinarias 37

L

La belleza 12

La destrucción 21

La muerte de los pobres 25

La música 20

La negación de san pedro 22

La tumba de charles baudelaire 6

Las flores del mal 7

Las joyas 13
Los ciegos 28
Los faros 9

P

Pequeños poemas en prosa 30
Profundis clamavi 17

R

Recogimiento 29
Remordimiento póstumo 18

S

Sed non satiata 16

U

Un bromista 32
Una noche con Baudelaire (1865) 66

Y

Yo te adoro al igual 15

No saciada sed de Charles Baudelaire,
se terminó de imprimir el día 30 de Marzo del año 2005
en los talleres gráficos de la Editorial Arquitrave en Bogotá, D.C.
y fue encuadernado a mano por Ricardo Aguirre Piñeros.

Los libros de **Arquitrave** Editores

Entre nuestros autores figuran

Elkin Restrepo
Affonso Romano de Sant'Anna
Charles Bukowski
Cristina Peri Rossi
Du Fu
Ferreira Gullar
Konstandinos Kavafis
Manuel Bandeira
Montale, Ungaretti y Quasimodo
Paulina Vinderman
Raúl Rivero
T.S. Eliot
Lawrence Ferlinghetti
Bob Dylan
Harold Alvarado Tenorio
Li Bai
Alberto Da Costa e Silva